



CAPÍTULO IX

LA pasión de Demetrio por Lola no había escapado á la sagacidad de doña Felipa y le complacía extremadamente. El comerciante era hombre de los que se casan en seguida; tenía su porvenir asegurado, y no mal asegurado, pues la tienda de la calle de Postas, acreditada de antiguo y siempre llena de gente, le daría muy buenos sportillos de pesetas; mejor proporción no podía salirle nunca á una muchacha que sólo contaba con un par de ojos negros, el día y la noche. Estas consideraciones no carecían, á la verdad, de fundamento; pero en el fondo no latía sólo el deseo

desinteresado y puro de una madre que sueña con la felicidad de su hija; el egoísmo, la idea de quitarse cargas y cuidados de encima impulsaba también á doña Felipa, y en prueba de ello lo que más la seducía de Demetrio era el poseer ya su medio de vivir, y por tanto, el estar en condiciones de contraer matrimonio en el acto. Nada de analizar caracteres, ni de pararse en cotejar genios ni de estudiar los puntos de contacto que existieran entre Demetrio y Lola; poseía él un buen capital y bastaba.

Esta ligereza de apreciación de doña Felipa era, ni más ni menos, una de tantas facetas de su carácter superficial é inconcebible. De sobra le constaban á ella, por personas veraces de respetable crédito, las circunstancias que atañían á Pepe León; sabía su pasado borrascoso y su historia nada favorable en punto á formalidad y medida; le constaban las aficiones mujeriegas y dilapidadoras del mozo; pero gastaba en la bocamanga de la guerrera las dos estrellas de comandante, y no se requería más para ella; Juanita

le haría sentar la cabeza; el que no la corre antes, la corre después; sobre que nada de particular tenía que todo fuera una pura calumnia de sus amigas, envidiosas de la suerte de Juanita. Y de aquí no había quien apease á la buena señora, que con la brutalidad que le cegaba los ojos no veía lo expuesto de jugar con la llama, el peligro de confiar una hija á un libertino.

De la misma doña Felipa había partido la idea de que se reunieran los jueves en su casa, y ella en persona invitó al comerciante á echar una brisca y una parrafada todas las semanas, allanándole así el camino y descubriendo en parte el gozo que le producía el sentimiento naciente en Demetrio. Aquello era algo más que indiscreto, indigno; la madre descendía desde su pedestal y se rebajaba hasta el extremo de salirle al encuentro al galanteador de su hija, en vez de esperararlo en su sitio; pero doña Felipa no entendía de semejantes distingos; dió un paso tan expuesto con la mayor naturalidad, y le pareció muy bien; ella le llamaba á esto franqueza. Jua-

nita, consagrada á su comandante, ni se enteró del hecho; pero Lola, que no tenía nada de tonta y que ya había advertido los halagos de Demetrio cuando iban á la tienda, y las miradas de él, contenidas por su condición tímida, llevó muy á mal la invitación; y le costó una sofoquina tremenda y un disgusto grandísimo; sin embargo, no era posible retroceder, y hubo de conformarse á la fuerza con las tertulias semanales.

Mucho tiempo hacía que Demetrio amaba en silencio á Lola, guardando oculta cuidadosamente su pasión con el misterioso celo con que una vestal escondería el fuego sagrado. Aquella parroquianita tan juiciosa tan aplicada, tan sesuda, poseía una gravedad encantadora que contrastaba con sus años floridos; nada hay tan interesante como un rostro joven sombreado por algo de viejo, que da un aspecto de simpática formalidad á la fisonomía. Todas estas condiciones de Lola entusiasmaban á Demetrio, que soñaba en sus adentros con ver á la niña al frente de sus negocios, regentando la

tienda y siendo el alma de aquel hogar apacible y suave como las piezas de raso de sus anaqueles, y en el que no habitaba la ambición ni repercutían más rumores que los crugidos de las telas al ser desgarradas por los dependientes. Pero las pretensiones de doña Felipa, el lujo de que alardeaba y el desdén con que le había oído hablar de los horteras, en las múltiples veces en que la buena señora soltaba la lengua imprudentemente, sin medir sus palabras, cerraron los labios á Demetrio, empeñado, en su modestia, en empequeñecerse. El buen comerciante luchó con todas sus fuerzas por ocultar lo que sentía; pero sus pensamientos se le escaparon sin notarlo por los ojos, y cuando él creía encontrar una oposición terrible en doña Felipa, se halló con que la buena señora, lejos de rechazarle, le distinguía con sus deferencias, poniéndole cara de pascua y llevando su amabilidad hasta invitarle á que fuera á su casa todos los jueves por la noche. El agua permanece nivelada y quieta hasta que descubre el más mínimo agujero por donde mar-

charse; la voz de la esperanza, que á él se le antojaba enmudecida para siempre, le gritó de pronto, animándole á persistir en sus propósitos; secundado por la madre, no se le figuró imposible conseguir algún día el que aquella Lola fuese su mujercita, y así como antes, huyendo su temperamento apacible de la lucha, y repugnándola con la aversión del ciervo que prefiere la huída al combate, no dijo una palabra de su sentimiento, ahora espoleado por la ayuda que presentía y venteaba en la madre, se propuso hablar á Lola, y sin precipitarse, sin extremos, sin arranques dramáticos, de que era incapaz, exponerle sus pensamientos y ofrecerle su amor, y con él cuanto tenía.

Desde entonces acechó Demetrio todas las ocasiones que se le ofrecieran para hablar á solas con la muchacha; expió continuamente á doña Felipa y á sus hijas, fingiendo encontrarlas por casualidad en el paseo é incorporándose á ellas, con el fin de echar delante con Lola; otras veces les acompañó desde la misma casa, y aunque la

niña, tratando de esquivar la declaración que la amenazaba, huía de él, procuraba no ponerse á su lado, y evitaba toda suerte de oportunidad á que pudiera su galanteador aferrarse, á lo mejor cualquier circunstancia imprevista la colocaba á tiro de frase de Demetrio, y con tiempo y ocasión de oír á la fuerza cuanto le placiese decirla. Pero lo que de lejos le parecía al comerciante tan fácil y hacedero, trocábase de cerca en un obstáculo invencible; el grano de arena se convertía en montaña; sucedíale que llevando intención decidida de confesar su pasión á Lola, se le ataba la lengua en el momento crítico; todas cuantas frases había pensado, para soltarlas, se le borraban de improviso de la mente como las cifras trazadas en la pizarra que se lleva la esponja húmeda; no se acordaba una letra de la declaración repetida hasta aprenderla de memoria, y desaprovechando coyunturas magníficas, caminaba una calle entera, verbigracia, junto á Lola, sin ocurrírsele nada ni saber por dónde empezar su confesión. Y cuidado que doña Felipa, coad-

yuvando al mismo fin, se distraía de una manera *horrorosa* y no le interrumpía jamás por no cortar sus confidencias. Para la buena señora, cuantas tardes salían acompañadas de Demetrio, se le antojaban la escogida por éste para declararse; pero al dejarlas en la puerta de su casa el semblante triste y aburrido del comerciante le indicaba á doña Felipa que aún no había volcado el costal de sus cuitas en los oídos de Lola. Demetrio se convenció de que jamás rompería el témpano de hielo de su timidez, y varió de sistema, pensando en la pluma.

Pepe León seguía yendo de noche á casa de su novia; Lola hacíales compañía hasta las nueve, á cuya hora se recogía, quedándose los amantes punto menos que solos, puesto que doña Felipa comenzaba á cabecear y concluía por hundirse en un profundo sueño. Una noche, precisamente de jueves, el comandante se retrasó mucho y llegó cuando todos estaban ya reunidos; Pepe León traía un rostro alborozado y resplandeciente; por cada

poro del cutis le asomaba el reflejo de estrella de una buena noticia; entró despaciosamente, con premeditado reposo; complacióse en prolongar la curiosidad que se pintaba en todas las caras, y luego, sentándose en su sitio, se desabrochó la guerrera, sacando un sobre grande del bolsillo interior de la prenda, desdobló un oficio, que fué corriendo de mano en mano, y encarándose con doña Felipa la dijo atropelladamente:

—Participo á usted, ilustre señora mía, que hoy, como prueba este documento, he obtenido el pase á Cuba con igual categoría que la que aquí disfruto...

A doña Felipa se le encendió la cara, soltó la media, calóse sus anteojos y la emprendió con el oficio, ansiando leer aquellos garrapatos, que simbolizaban la felicidad. A Juanita le produjo la buena nueva la impresión de un martillazo; ya la esperaba, pero sin embargo, la aturdió, y experimentó un deslumbramiento, como si de pronto le hubiesen metido el sol en la cabeza. Aquel traslado á Ultramar equivalía á

la boda; con efecto, Pepe León, después de recibir los plácemes de todos se encaró con doña Felipa y la dijo:

—¡Ya lo sabe usted!... ¡Desde mañana mismo es preciso ocuparse en arreglar los papeles, porque tengo el tiempo tasado; Juanita es de Madrid, yo también; así, pues, creo que no habrá dificultades y que podremos tomar los dichos la semana que viene!...

La conversación versó aquella noche acerca de la boda; discutióse sobre el carácter que se le daría, acordando celebrarla en familia; se convino festejar el acto de los dichos comiendo juntos, invitando á Demetrio al banquete, y por último, se le convidó con un puesto como testigo que él aceptó de buen grado, realmente porque tomaba parte, de corazón, en la alegría de todos y acaso pensando en que la comida podría darle ocasión oportuna para volcar sus sinsabores.





CAPÍTULO X

NÓNDAME una cebolla!... ¡Añade agua á ese guiso!... ¡No tanto mujer!... ¡Qué poco tino tienes!... ¡No se te puede mandar nada!... ¡Echa aceite en la alcuza, que se ha concluído!... ¡Cuidado con verterlo en el suelo!... ¡Retíralo, retíralo!... ¡Ya manchaste las losas!... ¡Quita, quita!... ¡No he visto criatura más animal!... ¡Sí, á buena hora mangas verdes!... ¡Ya es inútil que pongas la aceitera sobre un plato!... ¡Pásale un estropajo á la baldosa antes de que se concluya de empapar!... ¿Has apartado el arróz?...

¡Pero mujer, si te dije que lo quitaras de la lumbre!... ¡Qué pedazo de bestia estás hecha!... ¡Nada, que no se puede una fiar de nadie!... ¡Toma, toma, machaca esos ajos!... ¡Es que todas son igualitas, igualitas, no saben ni aún poner el puchero y ofrézcalas usted dos duros al mes cuando la que menos se deja pedir cincuenta reales!...

Y doña Felipa arrebatado el rostro por el calor del hogar, con el pelo tapizado de una nevada de chispitas de ceniza, dos ó tres chafarrinones negros en un carrillo y su gran mandil puesto, iba y venía del fogón á los vasos y de los vasos al fogón, entraba á la despensa, sacaba un jarro de agua de la tinaja, tomaba este cacharro, soltaba el otro, echaba en el almirez los ingredientes de los guisos para que la chica los moliera, graduaba el punto de los platos que hervían al fuego y atendía á todo á la vez, con un gran dominio de lo que hacía y sin cesar ni un instante de denostar á la criada, y de tildarla de bestia y de zopenco sin que la sirviente, dotada de una prudencia que el ama hubiera

querido para sí, replicase palabra á su señorita. La cocina, de ordinario tan apacible, acostumbrada sólo al humillo del aceite al freir los huevos del almuerzo y habituada á no ver sobre los azulejos del fogón más que patatas para los guisos y la cazuela con los garbanzos en agua, por la noche, estaba desconocida con aquella invasión de comestibles; extrañando el humo inopinado de tantos pucheros y cacerolas había sido preciso abrirle la ventana del patio para que se le pasase el ahogo, y queriendo que las demás habitaciones de la casa participasen de su dicha, llenaba el pasillo de un humazo picante que se colaba hasta el comedor. Los cacharros participaban del mismo asombro que las paredes y se mostraban vacilantes y aturridos; el exbote de sardinas, depositario ahora de la sal gorda se daba de coscorrones, sin querer, con el del pimentón, al hallarse ambos sobre los azulejos del hogar; el jarro de la tinaja sentía mareos de tanto bajar y subir por las obscuridades de la enorme vasija y la cuchara de palo, echa á espu-

mar modestamente la olla, pugnaba por esconderse, avergonzada de toda aquella aristocracia de merluza, de ternera y de jamón que se condimentaba al fuego en las panzudas cacerolas, absortas de que alguna vez las hubiesen descolgado del tabique donde relumbraban cubiertas de polvo. Las dos horniillas, atestadas de carbón, resplandecían con un fulgor rojo, como si por dentro atizase la lumbre algún cíclope, y se oía el hervir de peroles y cazuelas, abrasadas por el calor de infierno con que las ascuas golpeaban sobre el vientre de los cacharros, para hacerles huir de aquel sitio y dar escape á los ramilletes de chispas que la sirvienta les arrancaba con el soplillo. Por todas partes se distinguían cuchillos, cucharas, espumaderas, películas de ajos, montones de patatas, ramas de laurel; allí el plato de la harina, aquí la lata de las anchoas, allá la lechuga, en la mesa el tocino para mechar la carne, la masa amarilla de la mayonesa, la pasta destinada á las cocretas y á los rellenos, los bizcochos de las natillas, en los vasares un re-

voltijo de chismes; por donde quiera que se mirase, la aglomeración y el desorden de las muchas cosas; algo del aspecto de los ejércitos abigarrados y heterogéneos de Jerjes. Sólo en un rinconcito, solitaria, olvidada, triste, sintiéndose extraña é importuna, la olla de los garbanzos presenciaba apenada tanta alegría...

Aquella no era tarde de cocido; por la mañana habíanse tomado los dichos Juanita y Pepe León, y como la oficina de don Manuel impedía el almuerzo en familia, so pena de haberlo hecho antes de ir á la calle de la Pasa, lo que "no pegaba ni con cola", según frase de doña Felipa, festejarían el suceso comiendo todos juntos á las siete de la noche, en cuya hora regresaba del Ministerio don Manuel. La buena señora alardeaba de guisandera, y Pepe León, que conocía de otras veces las manos de doña Felipa para cocinar, fué el primero que propuso encargarle á ella del programa y de la elaboración del banquete doméstico, con la condición inexcusable de que hubiera natillas en el festín. La idea fué apro-

bada unánimemente; doña Felipa aceptó la misión, sin tratar de excusarse, ni siquiera por fingida modestia, sino alabándose, por el contrario, y hasta vociferando que se las apostaba con la mejor cocinera, y que en Madrid no sabían hacer nada sino á fuerza de aceite. Este día acompañó ella á la criada y se encargó de la compra, y en cuanto vinieron de la Vicaría se metió en la cocina, liándose "como una fiera" con el fogón y los cacharros que si hechos al modesto cocido, habían de probar que servían también para comilonas delicadas y de etiqueta.

Un reloj de pared dió las cinco de la tarde vibrando en el patio el débil *tintineo* de los alambres golpeados por el martillo; á poco contestóle con sus lentas campanadas otro reloj; luego un tercero sonó por los pisos inferiores, y por un instante pareció la casa un *carrión*. ¡Cómo se ha pasado el tiempo,—pensó doña Felipa,—y la comida sin concluir! ¡Es que parece que la lumbre se empeña en fastidiar cuando hay más prisa!—Un campanillazo te-

rrible alborotó el pasillo; la criada soltó el aventador y corrió á ver quien era.—¡El señorito Pepe!—dijo la criada volviendo á la cocina.

Al corto rato, Juanita apareció en la puerta, y detrás de ella sonó el ruido de espuelas del comandante. La muchacha traía en las manos un estuchito de piel negra, con la tapa levantada en cuyo interior resplandecía un sencillo brazalete de oro, destacándose sobre el forro azul del estuche; Juanita venía contemplándolo con deleite, andando sin mirar, y reflejándosele en el rostro la alegría que el regalo le causaba.

—¡Mira, mira mamá!—exclamó Juanita corriendo á su madre y mostrándole el estuche.—¡mira qué preciosa pulsera me ha traído Pepe!...

Doña Felipa, suspendiendo un instante la mayonesa que endilgaba á esta sazón, con el cuchillo en una mano y en la otra una enorme remolacha que partía en ruedas, echó los ojos al brazalete y pintándosele un gran contento en las miradas díjole con acento jubiloso á su hija:

—¡Precioso!... ¡Qué cosa tan elegante!... ¡Es menester que sepas tú que Pepe tiene muy buen gusto!..

—¡Muchas gracias!... gritó el comandante desde el pasillo donde se había quedado escuchando. De pronto entró en la cocina, á la vez que su suegra decíale gruñendo á la sirvienta.

—¡Podías tener cuidado de estas cosas y no que nos encontramos ahora, cuando hay más prisa, con que la pimienta se ha concluido!... ¡Anda por él á la tienda de al lado!... ¡Pero ya estás aquí!...

Pepe León había entrado en la cocina y la recorría de punta á punta con más detenimiento que Napoleón á sus huestes en la mañana de Austerlitz; salió la criada y entonces, mientras doña Felipa exclamaba sin mirarle: ¡Qué bonita alhaja has comprado, hombre! El se colgó el paño de secar las copas, atándosele por detrás con un nudo, y tomando un plato sopero donde nadaban media docena de huevos en su propia clara, le preguntó á doña Felipa con fingido respeto:

—¿Mandaba algo la señora?...

Doña Felipa volvió la cabeza, le vió, y la extraña figura que formaba el comandante, con sus estrellas y su uniforme, batiendo huevos, la arrancó á la buena señora una carcajada estrepitosa, y luego otra y por fin tuvo que suspender lo que hacía para dejar á la risa que se escapase en una lluvia de perlas de saliva por la boca y en un tropel de lágrimas por los ojos. A las carcajadas acudió otra vez Juanita que se había marchado á guardar la alhaja en el cajón de la cómoda, y reparando en la rara catadura de su novio, le dijo, no sin darle salida también á la hilaridad:

—¡Qué mamarrachista eres, hombre!... ¡Quítate eso!

La criada volvió con la pimienta, vió al comandante y descubriendo en su rostro una cándida sorpresa preguntó sonriéndose:

—¿Pero el señorito sabe guisar?...

—¿Que si sé?—repuso Pepe León,— una *mijita*. Pues si me dieran á mí cinco duros por cada vez que me hecho en campaña la comida... ¡Ya quisiera yo que mis asistentes hubieran sabido cocinar como yo cocino!...

¡Siempre he tenido yo necesidad de enseñarles!... ¿Dónde está el pan rayado para las cocretas?

Acercóse al fogón, cogió la espumadera, envolvió la masa de carne en el pan rayado, la bañó en el huevo y, modelando una por una las cocretas las fué echando en la sartén; luego, con la agilidad y destreza del mejor pinche, agarró la espumadera por el mango, y volteó la fritura en el aceite para que se dorase bien por todas partes. Lola, llamada por la bulla, apareció en la puerta de la cocina y en estas la campanilla sonó de nuevo, tornó á abrir la criada y el buen Demetrio se plantó allí también atraído por la algazara, en cuanto colgó el gabán en la percha.

Concluyó el militar su operación Juanita le obligó á quitarse el improvisado mandil y agarrándole de un brazo, y mientras él dejándose arrastrar exclamaba dirigiéndose á doña Felipa: ¡Conste que me he ganado mi tajada! Se le llevó la muchacha al comedor para que hicieran juntos la lista de las personas á quienes había que mandar dulces. Juanita y su futuro sentáronse junto al

balcón para aprovechar la última luz del crepúsculo, y armándose Pepe León de un lápiz, comenzó á escribir nombres en el sobre de una carta que sacó de la guerrera. Lola ponía en tanto la mesa, distribuyendo el servicio sobre "el mantel bueno", marcado en su parte central con dos cifras rojas enormes y de muchos ringorrangos; aquel era un día de servilletas nuevas, de pepinillos y salchichón, de vajilla reservada; había que sacar los cubiertos de plata en honor á los convidados, y las copas de la Granja regaladas á su hermana por don Manuel y que ella conservaba como un tesoro... Demetrio, repantigado en la butaquita del comedor, seguía con ávidos ojos á Lola y admiraba su destreza en disponer los sitios, su maña para doblar las servilletas alrededor del pan, el tacto con que cuidaba hasta de los menores detalles, su golpe de vista, el talento, la laboriosidad, las condiciones caseras, el juicio y el comedimiento que todo aquello revelaba... y maquinalmente, por instintivo impulso, estrechaba con nerviosos dedos la carta declaratoria que

traía en el bolsillo, resuelto á no dejar pasar el día sin entregársela á Lola.

Sólo Dios y Demetrio sabían las amarguras que aquella carta simbolizaba. Persuadido el buen comerciante de que su lengua jamás llegaría á expresar lo que le cosquilleaba en el corazón, había determinado declararse por escrito á la niña. Pero el honrado tendero no contaba con que la pluma no se maneja como la vara de medir, y él, que se apostaba á echar sin equivocarse la cuenta más laberíntica y que dominaba el mostrador en absoluto, cogió una noche papel y tintero, y se la pasó en claro, sin acertar con una idea, ni hallar modo de poner media palabra en las cuartillas. Toda una semana se le fué á Demetrio dándole vueltas en el magín á la dichosa epístola; sus dependientes llegaron á desconocerle, mostrábase distraído y meditabundo; él, que nunca confundía el género, sacaba uno por otro y se trabucaba al cambiar en los cobros; por la noche veían luz en su cuarto hasta muy tarde. Por fin, después de tantos

sudores y vigiliias, endilgó una declaración amorosa; pero á él mismo, á pesar de su escaso gusto literario, le pareció detestable, y tras de mucho tachar arriba y abajo, la rompió. La Providencia vino entonces en su ayuda; una mañana, al abrir la tienda, sorprendió al chico que la barriá, dando de mano á la escoba y leyendo un folletito de cubierta color de rosa; Demetrio arrambió con el libro y riñó con acritud al muchacho; á solas luego hojeó el cuaderno y ¡cuántas gracias dió al Altísimo por haberle proporcionado tan preciosa caza!... Titulábase aquel librito "El verdadero correo de los amantes", y no era sino un formulario de cartas amorosas. Al pobre comerciante le faltó tiempo para leerse el folleto que se le antojó de perlas, y en cuanto llegó la noche preparó un plieguecillo de satinado papel, le intermedió la falsilla y á seguida de hacer dos ó tres rasgos de pluma en el margen de un periódico para soltar la mano, principió la deseada epístola con su mejor carácter de letra. El librito no tenía autor conocido, y Demetrio lamentó

con toda su alma esta omisión; hubiera deseado aprenderse, grabarse eternamente en la memoria el nombre del incógnito padre de todos aquellos gárrulos y gongorinos períodos, henchidos de fútiles pensamientos y respunteados con una dicción barroca y horrible. Sobre todo, un modelo, el que copió, que hablaba de sentir "ese amor que reduce al hombre á la simple condición de un niño", se le figuró digno de *La Cabaña de Tom*, que era su obra favorita. A la siguiente mañana, sintiéndose feliz por haber resuelto el problema, convidó á café á sus dependientes, sin darles cuenta del por qué del obsequio y dejándoles absortos de rasgo tan inusitado.

Demetrio había esperado á los novios en la Vicaría; luego de exponer su declaración se marchó á su tienda, y á poco más de las cuatro se encaminó á casa de doña Felipa; las horas se le figuraron siglos hasta que se vió otra vez en aquel comedor de sus sueños. Pero todo el valor de que se creía dotado se le desplomó en presencia de Lola; innumerables ocasiones en que

Juanita salió de su habitación, dejándolos solos, metió rápidamente la mano en el bolsillo para sacar la carta, la agarró, y con ella cogida se quedaron los dedos allá adentro, sin poder tirar del brazo, como si se le hubiese quedado paralítico; Lola notó algo de lo que á Demetrio acontecía, pero no le dijo una palabra. Y sucedió lo que sucede siempre: el pobre mozo, que había desperdiciado una y otra oportunidad, se decidió á darle la carta á Lola en la ocasión menos propicia, estando presentes, aunque algo apartados en el balcón, Juanita y el comandante.

Lola colocaba la pirámide de platos para repartir, delante de la silla presidencial que ocuparía doña Felipa. Demetrio se acercó de repente á la niña, como despedido por la butaca, y todo encarnado, trémulo, atragantándose, la dijo muy bajito:

—Tengo que darle á usted una cosa...

Lola le miró de frente, con los ojos llenos de preguntas, azorada. La idea de una declaración le asaltó el ánimo y la dejó aturdida ante lo imprevisto del arranque, como cuando el cuerpo

recibe en el baño una ola que no se ha sentido llegar. Su primer impulso fué echar á correr y que Demetrio se quedase con la palabra en la boca. Pero él no la dió tiempo; de un tirón sacó la carta medio arrebujaada y la dejó caer en uno de los bolsillos del delantal que Lola llevaba puesto; después, trémulo, silencioso, sin poder respirar, apenas, de la emoción, se sentó de nuevo en la butaca.

Lola no se acabó de dar cuenta de lo que le había sucedido y se quedó absorta, hecha una estatua, mirando fijamente la pila de platos, que se le figuró en su aturdimiento una columna tremenda. Tan lejos estaba ella de esperar la osadía de Demetrio, que cuando quiso rechazar la cartita, ya la tenía en el bolsillo; era tarde para devolvérsela. A todo esto doña Felipa, terminada ya su tarea culinaria, entró en la habitación peinada y vestida para comer y diciendo á voces:

—¡Pero estáis casi á oscuras!...

Pepe y Juanita cuchicheaban en el hueco del balcón, sin ocurrírseles pedir luz y sintiéndose, por el contrario,

complacidos en aquella claridad suave y débil del crepúsculo. Afuera, á través de los cristales, se distinguía la espesa trabazón de barras de hierro de uno de los enormes estribos del Viaducto, que subía hasta la altura del piso de doña Felipa; sin asomarse, desde adentro del comedor, la silueta del gigantesco soporte, llenaba todo el espacio que la vista descubría, limitado por el hueco del balcón; entre el férreo engranaje fulguraba el cielo con el baño luminoso y tibio que le presta la noche, y de esta suerte resultaba más negro el contorno del estribo que parecía estar dibujado al carbón sobre el fondo radiante del horizonte.

—¡Enciende la lámpara! dijo doña Felipa á Lola. La muchacha obedeció y su madre continuó, sentándose en su butaquita y tomando la media para no perder tiempo:

—¡Ya está todo listo!... ¡El tío puede venir cuando gustel!...

Lola concluyó de poner la mesa y á poco tableteó la campanilla; era don Manuel. El buen empleado entró en el comedor y saludó á Pepe León y á De-

metrio, preguntándoles "cómo les había ido desde por la mañana"; luego exclamó amablemente: "supongo que me permitirán ustedes quitarme la levita". Lola le trajo la bata de su dormitorio, y como doña Felipa dijese que el arroz no esperaba, sentáronse todos á la mesa, y la criada trajo el primer plato de la comida.

